

mundo. Si sois buenos, es decir, si sois cristianos, se salva. ¡Quién lo había de creer! Este ejército de pequenuelos, es el único capaz de cerrar el paso á los comunistas. Ya el petróleo está untado en toda la redondez de la tierra, y si ellos no lo pisan, levanta llama y nos abrasa á todos. Por piedad sed buenos. Grabad bien en vuestro corazón, esta máxima que es el compendio de toda ciencia: el principio de la sabiduría es el temor de Dios. Niños, os lo suplico otra vez, y desde el fondo del alma, por piedad, sed buenos.

Y nosotros hombres, oremos y temblemos: roguemos á María detenga el brazo de la Omnipotente Justicia. El mundo está en crisis; ya el infierno agujereó la tierra y sobre ella se está vaciando. Al borde estamos del abismo: ya están listos y en orden de batalla, incontables ejércitos de masones y comunistas; y como su cauda de fuego, legiones de demonios!

En vista de tan incomparable y tan inminente peligro, sean estas nuestra última convicción y nuestra última palabra:

¡La educación católica salva al mundo, ó el petróleo renueva la faz de la tierra!

DISCURSO

pronunciado

en la solemne Distribución de Premios del Colegio Católico

del

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

DE PUEBLA,

el 30 de Octubre de 1893.



SEÑORES:

N hombre entrado ya en años, de grave aspecto y mirada bondadosa, deteniendo á un adolescente que atravesaba corriendo el ágora de Atenas, ¿á dónde, le preguntó, te diriges, joven, tan de prisa? Al mercado, le contestó, donde se compran las cosas necesarias para sustentar la vida. ¿Y dónde, añadió aquel hombre, se comprarán las cosas necesarias para sustentar el espíritu? Calló confuso el adolescente sin saber qué contestar, y su interlocutor sonriendo añadió entonces: ven conmigo, y yo te las enseñaré sin que tengas que comprarlas. De esta manera Sócrates llevó á su escuela é hizo su discípulo á Jenofonte.

Aquel hombre era Sócrates, el filósofo más insigne de la antigüedad, el que, lo que parece imposible, con la sola lumbre de su razón natural, alcanzó las tres verdades de más trascendencia para el género humano: la unidad de Dios, la inmortalidad del alma y la unidad indisoluble del matrimonio, raíz y fundamento de la familia: y aquel adolescente era Jenofonte, el condiscípulo y amigo de Platón, el que más tarde sería, con las armas en la mano, el héroe inmortal de la retirada de los "Diez mil," y en el apacible campo de las letras, la "abeja ática," por la dulzura de sus sentimientos y la incomparable suavidad de su estilo.

Hoy hay que reproducir la misma pregunta que hacía Sócrates há más de veintitrés siglos: ¿dónde se comprarán las cosas necesarias para sustentar la inteligencia? Si en el mundo hubiese como fragmentos del paraíso perdido, huertos cerrados de aires salubres, tierras amenas y fecundas, y regadas por las aguas límpidas de manantiales purísimos, donde los sembrados y arboledas produjesen frutos de verdad y virtud, y donde brotasen, aromatizando la

atmósfera de la vida, todas las flores del saber humano, allá correrían atropellándose todas las familias para instalar á sus hijos en esos oasis de paz y de sabiduría.

Estos vergeles encantados, donde el árbol de la sabiduría florece á la sombra benéfica del Cristianismo y donde abre sus corolas el pensamiento humano á los vientos vivificantes de la verdad y á los rayos esplendorosos de un sol inmortal, son los planteles de educación cuyo primer principio es el temor al Señor y cuyo último fin es la mayor gloria de Dios. De todos los albergues del hombre en la tierra, después del convento, donde como en un invernáculo de almas crecen, se maduran y conservan las más altas grandezas y las más sublimes abnegaciones humanas; ningún otro hay más impotente, más inviolable y más augusto que la escuela, semillero de ciencia y almáciga de virtudes.

Los templos, aunque estén en ella, no son de la tierra; desde la más pobre ermita de la miserable aldea hasta las más grandiosas basílicas de las populosas metrópolis, los templos no pertenecen á la tierra; como diamantes deslumbradores en un vil metal,

son pedazos del cielo incrustados en nuestro miserable globo donde se ha dignado venir á habitar en fuerza de su amor incomprendible, el Señor mismo, que no cabe en la inmensidad del espacio, ni bastan á contener los cielos de los cielos.

La escuela apoyándose en los muros del templo, la educación teniendo por base la religión, no sólo está ligada con el progreso, sino que es el único manantial de verdadera civilización en el mundo. Nuestro siglo se ha apoderado con intención aviesa de estas hermosas palabras, civilización y progreso, para hacer de ellas un ariete de demolición contra los órdenes religioso y social; pero aunque desde su origen las haya bastardeado la Revolución Francesa, y las hayan profanado la impiedad y la anarquía, significarán siempre cosas grandes, verdaderas y buenas; porque el progreso ó civilización, aceptado en su genuino sentido y correctamente definido, no puede significar más que la mayor moralidad, la mayor inteli-

gencia y el mayor bienestar material para el mayor número posible de hombres. El progreso verdadero, es santo y bueno, porque es uno de los más grandes dones concedidos por Dios á la libertad é inteligencia humanas, y todo don de Dios es perfecto.

No sólo es manantial de todo progreso sano y sólido, sino que es la educación en la presente edad, el solo remedio eficaz de los graves males que la aquejan y el más poderoso conjuro contra las tremendas catástrofes que amenazan al mundo en un porvenir no lejano. La irreligión, el socialismo, la anarquía y el militarismo; hacen crujir pavorosamente los ejes de los mundos social y doméstico, como si estuvieran desesperadamente sacudidos por los últimos y frenéticos empujes del averno.

La impiedad, que suele terminar en un verdadero endurecimiento, en una especie de petrificación infernal, comienza siempre por la ignorancia: si fuera posible encerrar en un solo día en una inmensa escuela á la humanidad toda, bastaría enseñarla á leer los dos renglones de la misericordia del Señor en la magnificencia de sus obras y

de los rigores de su justicia en las catástrofes de la historia, para que la irreligión quedase desterrada para siempre del mundo. Si llegara á hacerse comprender á todos los hombres, que la propiedad individual es el antemural de la independencia doméstica, y que entregar la propiedad al Estado es entregarle también la esposa y los hijos: y que abolir el orden, sería entregarse con todos los suyos á merced de los caprichos de las injusticias y de las brutalidades de la fuerza; quedarían extinguidos en su germen el socialismo y la anarquía. Bien persuadidos los humanos que es inviolable la vida aun del más miserable de los hombres; y que un solo átomo de buen derecho pesa más en la balanza eterna de la infinita Justicia que todos los mundos con cuanto en ello de material se contiene, ¿quién se atrevería á desgarrar el pecho de su hermano, sólo para teñir en púrpura con su sangre, las enseñas de un pueblo injusto ó el manto triunfal de algún soberbio guerrero?

Para apereibirse del íntimo enlace de la educación escolar y el progreso social, bastaría, guiados por los grandes pensadores

católicos contemporáneos, asomarse á los profundos abismos del mundo actual, en cuya tenebrosa sima sólo se ve brillar como una luz de esperanza la educación cristiana. Pero consideraciones filosóficas de tal naturaleza, perderían por su misma amplitud su utilidad concreta y no serían propias de esta ocasión ni de este sitio, donde las palabras que se pronuncien. aunque tengan que ser escuchadas por hombres maduros y profesores tan respetables por su carácter como por su ciencia; deben dirigirse á la juventud estudiosa, que muy pronto pasará los umbrales del mundo y formará la nueva generación que ha de recibir de nuestras manos el sagrado depósito de tradiciones y de esperanzas, de glorias y de infortunios, que á su vez nos entregaron nuestros padres.

La educación escolar no sólo será para México la fuente inagotable de todo progreso sano y sólido y el manantín abundante de su futura prosperidad, sino la clave única para resolver con acierto los pavorosos problemas á cuya solución están atados el destino, la felicidad, la vida misma de este pedazo del globo que le plugo al Señor dar-

nos para que nos sirviera de morada durante nuestro paso sobre la tierra; de esta patria tan infortunada como querida, que guarda las tumbas de nuestros padres y donde se mecerán las cunas de nuestros hijos, donde arderán los fogones siempre amables de nuestros humildes hogares, de esta patria que, en menos de medio siglo, ya dos veces y por defenderla, ha sido empapada en sangre propia y ajena.

México, como nación, está colocada en esta inflexible disyuntiva: la educación de sus hijos ó la muerte, la escuela cristiana ó la tumba.

Si bien se reflexiona, los problemas que México, para vivir necesita resolver acertadamente y en un porvenir no lejano, son el de su autonomía, el de la propiedad, el del trabajo y el de la unificación social de las razas que pueblan su territorio. Estos problemas no pueden ser estudiados con un criterio honrado y sincero, sin persuadirse al mismo tiempo, que sólo una educación

uniforme y profundamente cristiana es el medio eficaz, amplio y oportuno, de resolverlos sabia, justa y felizmente.

Platón, ese sublime utopista, quería que en su soñada República se hablase desde su infancia á los ciudadanos de política; pero entendió por ella, el arte de saber mandar y obedecer para la felicidad de todos. Desde que la política se ha hecho la fórmula de las ambiciones y tiranías, el programa forjado en las tinieblas de una perpetua conjuración contra todos los poderes legítimamente constituidos, y una contante agresión contra el reposo y la libertad de los buenos; sería la abominación más monstruosa y la más repugnante perversidad, enseñarles á los niños á descifrar los signos ominosos de esa cábala de todos los egoísmos y depravaciones, y abrir en sus tiernos corazones el veneno indeficiente de odios tan profundos como inextinguibles.

Pero hablarles de las grandes cuestiones en cuyo fondo se encierra el arcano de la felicidad suya y de todos los seres que les serán queridos, no es envenenarles el alma con errores y pasiones, sino purificárselas y elevárselas, preparándolos á la ejecución

de grandes abnegaciones con la meditación de grandes verdades. La política así entendida sería la de Bossuet y Fenelon, la ciencia sublime que piadosamente intenta penetrar los designios de la Providencia, para adunar sumisa y reverentemente todos elementos humanos, á fin de que su santa voluntad sea hecha, para bien de sus elegidos en la tierra, como se cumple en el cielo. Los gemidos de un pueblo en sus aflicciones, se sobreponen á todos los gritos de los partidos y á todos los rugidos de las pasiones, porque son palabras mudas de verdad y de amor: las únicas dignas de la adolescencia, que es la edad de las esperanzas y las inocencias.

No hay mayor desgracia para un pueblo, decía Fenelon, que la de tener un vecino injusto y poderoso.

La autonomía de México, que tanto costó conquistar; once años de ruinas y de lágrimas, de luchas y desolaciones, de fuego y sangre, y lo que peor fué, de odios y de

maldiciones, ¿es un bien durable? ¿á la dicha de poseerla no se mezcla el temor y la amargura de perderla?

Diplomáticos nuestros, pensadores y experimentados, y cuyo criterio se ha asentado al peso mismo de la responsabilidad contraída, aseguran que nuestra autonomía está libre en lo futuro de peligros y asechanzas. Creen que el solo pueblo que pudiera menoscabarla, no querrá agredirla por temor de engrosar sus comicios con ciudadanos espúreos; romper su equilibrio federal dando derecho de representación á alienígenas; haciendo competencia al jornal de sus obreros con el trabajo extraño; alterando una de las corrientes ya establecidas de su comercio y acreciendo los formidables elementos de excisión que, lentos é incontrastables, están socavando los cimientos de su unidad.

Tales obstáculos no bastan, por desgracia, á defender las zonas despobladas de nuestro suelo, ni á amparar los contornos salientes de nuestro mapa. Poca seguridad tendría un derecho que sólo estuviera defendido por los perjuicios que al agresor pudiera acarrearle violarlo. Los testimo-

nios de nuestra historia, suministran medios más consoladores y eficaces de asegurar la autonomía de la parte poblada de nuestro suelo. Bastará como el Cónsul Varrón, no desesperar nunca de salvarla: resolverse á que todo reto en que se interese la nacionalidad sea á muerte, bastará para conservar-la incólume.

La desgracia es maestra fecunda en saludables y seguras enseñanzas. Sería una impiedad y una calumnia al valor de nuestros padres, atribuir á su cobardía la pérdida de más de la mitad del territorio heredado de nuestros progenitores. Ese perdido territorio estaba vacío: en su extensión amplísima sólo había cuatrocientos mil habitantes, de los cuales más de la mitad eran colonos de la raza misma del invasor: más bien que ensanches de su población pacífica, fueron avanzadas de su ejército, enemigos disfrazados de huéspedes.

Y no es una jaectancia temeraria encomendar la guarda de la independencia nacional á la sola resolución inquebrantable de no perderla sino con la vida. En el luctuoso camino de más de ochocientas leguas que nuestros padres sin pan, sin municio-

nes, sin dirección y sin consejo trazaron en los años de 1846 y 1847 en nuestro territorio, marcando sus etapas con charcas de su generosa sangre y con montones de sus huesos astillados por la metralla, ni una sola vez volvieron la espalda al peligro, ni las armas cayeron de sus manos. La victoria no les fue arrancada en el campo de batalla; la perdieron ellos mismos en la pusilánime incertidumbre de sus deliberaciones y les fué arrebatada de sobre la carpeta de la diplomacia. Si el cielo, menos irritado, les hubiera concedido un año más siquiera, de humillaciones y reveses, el triunfo final hubiera sido suyo; de ellos habrían implorado entonces la misma paz que tan cara les vendieron.

Pero más que la política, la autonomía social será ahora la amagada. ¿Que importará que el nombre quede ileso, y sin alteración á la faz del mundo y sobre el mapa las fronteras, si perdida la autonomía social el suelo mismo se escapa de vuestras plantas y quedáis como extranjeros en vuestra propia patria? Un pedazo de tierra no puede ser patria: la religión, la raza, la lengua, las tradiciones, las costumbres, el

amor sobre todo, eso es la patria; y perdida la autonomía social, todo está perdido. Sin templos y sin lengua, sin pan y sin techo, ya no hay ciudadanós, sino gitanos y mendigos.

Así como un hado adverso y misterioso ocultaba á Colón el continente americano, una bruma oscura y densa ha velado hasta ahora nuestras playas á los ojos de la inmigración extranjera. Los rigores de su destino, que obligaron á México á tener que derramar sobre su suelo la sangre española y francesa, americana, austriaca y belga; y el escándalo de sus pasadas y sangrientas disensiones domésticas, lo han envuelto en un vapor sanguinolento y fatídico, que ha hecho desvíen su curso las grandes corrientes de inmigración humana que del viejo se dirigen al nuevo continente, para ir á perderse todas en el inmenso y estruendoso remolino de la Unión Americana.

Esas leyes desconocidas que rigen las corrientes de los vientos y los mares, parecen á las leyes también ignotas, que dirigen las emigraciones de las razas humanas de uno á otro punto del globo á través de los desiertos, los hielos y los mares. Y todavía

más misteriosos que ellas son los instintos y sentimientos del corazón humano. ¿Por qué durante un siglo todos los desbordamientos de población europea han afluído hacia los Estados-Unidos? Es un secreto que ni la ciencia ni la historia alcanzan á explicar. Tuvieron que ser fugaces los deslumbramientos de una libertad que finca sólo en las instituciones y no en las costumbres. ¿Cómo han podido ejercer durante tantos años una atracción tan intensa, un clima duro, una lengua difícil, un trabajo aspérrimo, una subsistencia cara y costumbres tan dominantes é inflexibles? Es un fenómeno semejante al que se produjo, cuando durante la prosperidad de la antigua Roma, parecían precipitarse en gruesas oleadas todas las razas humanas, para venderse en ella como esclavas.

Es probable que muy pronto torciendo su curso esas grandes avenidas humanas, vengán á inundar nuestro suelo. El pueblo americano, en nombre de la salubridad, del jornal y del orden, está levantando ya diques para contenerlas; y las convulsiones europeas, precursoras de la catástrofe, haciendo los primeros empujes para precipi-

tarlas. Hay en Europa trece millones de hombres que en un momento dado estarán sobre las armas, arrancados al hogar y al trabajo: los abismos de la Deuda Pública, en fuerza de cavarlos, ya no alcanzan fondo: el nihilismo y el socialismo, atacando están el edificio social por todos lados; y la impiedad minando en sus cimientos todo orden humano, para que sin trabas el infierno se precipite sobre la tierra. Si la crisis monetaria, engendrada por la codicia judía y el orgullo británico, y que amenaza dejar en la indigencia á más de la mitad del género humano, hace desbordar la copa de las desolaciones, quizás estalle antes de que termine el siglo formidable y pavoroso cataclismo.

Cuando huyendo de las ardientes lavas de ese volcán, inmigrantes europeos de todas nacionalidades se desborden como una catarata sobre México, entonces comenzará la más grande de las crisis de su agitada historia. Fuera del americano, ningún pueblo ha encontrado el secreto de resistir triunfante una inmigración numerosa. Los chinos matan á los inmigrantes; los pueblos asiáticos y africanos de los bordes del

Mediterráneo, los aislan; los hispano-americanos los reciben con generosidad imprudente y desleal, que los insolenta en daño de ambos; y el americano los doma á pan y látigo....

Es noble y santo el amor del hogar nativo; pero más noble y más santo es el amor de la humanidad. Después del Cristianismo, las fronteras de los pueblos no pueden ser barreras de odio y de separación, sino puertas de hospitalidad siempre abiertas. Habiendo sido redimidos todos por el amor y con la sangre de un solo Dios, el mundo es para todos los hombres, pues sin distinción de razas, colores ni lenguas, hermanos somos todos, como hijos de un solo Padre, que en su amor infinito, á todos nos ama con sin igual ternura.

* Cuando estalle esa lucha sin fuego y sin sangre, sorda, tenaz y terrible, en la que México tendrá que combatir en defensa de su autonomía social, de la autonomía de todos y cada uno de sus hijos, no tendrá para pelear más que dos armas, las solas dignas de la civilización y del cristianismo, el amor y la inteligencia.

El amor que debe unir á propios y extra-

ños en una sola y sincera fraternidad, mientras las nuevas generaciones los funden en una misma sangre: y la inteligencia, con la que debe luchar en el terrible combate de la vida, no sólo por defender su honrado pedazo de pan, sino para salvar lo que con evidencia tiene México de mejor: una lengua formada, sabia y hermosa; un hogar que, merced á las virtudes de la mujer, como un precioso tesoro salvado en un naufragio se conserva aún en piedad, pureza y ternura; y una religión, sobre todo, que es la única verdadera, porque es la única divina.

Pero el amor y la inteligencia, esas armas incontrastables y gloriosas, sólo se encuentran en tres arsenales: en el santuario, en el hogar y en la escuela.

Enlazado con el de su autonomía social y de igual ó mayor trascendencia es para México el pavoroso problema de la propiedad.

Apenas si tiene México una participación mínima y estéril en sus valores públicos.

La masa de nuestros valores públicos la componen principalmente la deuda nacional, los ferrocarriles, los bancos, y en cierto sentido y con determinadas limitaciones algunas compañías mercantiles é industriales. El monto de nuestra deuda pública es aproximadamente de \$200.000,000, de los cuales puede calcularse en \$90.000,000 la exterior. Nuestros ferrocarriles ya construídos, que alcanzan una extensión de cerca de doce mil kilómetros y que sus dueños tienen gravados en \$300.000,000, se cree que valen \$200.000,000, de los cuales hemos dado por subvenciones \$75.000,000. El capital, que forma como dicen los economistas, el volumen de la actividad fiduciaria de nuestros bancos, puede estimarse en \$50.000,000, y en otros \$40.000,000 los capitales pertenecientes á empresas públicas ó negociaciones privadas que operan en el país con capitales extranjeros.

Los tenedores de los bonos de nuestra deuda exterior y de las acciones y obligaciones de nuestros ferrocarriles, son en su mayor parte holandeses, alemanes, suizos, ingleses y americanos, y muchos de ellos, judíos. De las acciones de nuestros bancos